

Cómo Antonio ahuyentaba a las nubes gruñonas



Domuspatris.com

Érase una vez, en un hermoso desierto dorado, un joven llamado Antonio. Antonio amaba mucho a Jesús. Quería permanecer muy cerca de Él, así que se fue a vivir a una pequeña cueva tranquila para orar todos los días, lejos de los ruidos del mundo.

Cada mañana y cada tarde, hablaba con Jesús como con su mejor amigo: «¡Jesús, te amo! ¡Jesús, quédate conmigo!»

Pero a veces, unas pequeñas nubes grises y gruñonas llegaban al cielo de su corazón. A estas nubes no les gustaba ver a Antonio tan alegre y luminoso. Querían apagar su alegría.



Entonces se acercaban sigilosamente a su mente o a su corazón y le susurraban malos pensamientos: «Estás completamente solo... Es demasiado difícil orar... Jesús te ha olvidado... Vamos, deja de hacerlo, no es divertido...»

Antonio sentía entonces que su corazón se ponía un poco triste o preocupado. ¡Pero sabía qué hacer! Tenía una táctica extraordinaria que hacía huir tanto a las nubes pequeñas como a las grandes.



Domuspatriis.com

Primero, Antonio oraba con más intensidad: «¡Jesús, ven cerca de mí! ¡Jesús, llena mi corazón con Tu luz! Que estas nubes llenas de tristeza no oscurezcan mi corazón. ¡Quiero conservar Tu Alegría y Tu Paz, ayúdame!»

Entonces su oración se convertía en una gran muralla de luz brillante, como un hermoso sol a su alrededor. Las nubes grises y gruñonas golpeaban con todas sus fuerzas contra este escudo protector, pero no podían pasar. La muralla era demasiado sólida...

Entonces las nubes, astutas como zorros, cambiaban de estrategia: se ponían muy suaves y decían con malicia: «Deja de orar, realmente no sirve de nada, estás perdiendo el tiempo!»

Pero Antonio se mantenía firme y su muralla de luz resistía.



Algunas nubes incluso se atrevieron a hacerse pasar por su amigo Jesús e intentaron convencer al joven de que abandonara la cueva, de que dejara de ser bueno y generoso con las personas que venían a visitarlo en el desierto.

Pero Antonio tenía otra estrategia muy eficaz: la lamparita de su corazón que él llamaba “La lámpara del discernimiento”.

La lámpara del discernimiento iluminaba su camino, especialmente durante su combate contra las nubes gruñonas. Cuando Antonio oraba, Jesús encendía esta lámpara en su corazón. La lamparita le decía entonces suavemente en lo más profundo de su corazón: «Escucha: ¿estos pensamientos te dan una paz sincera? ¿No? Entonces no es la voz de Jesús, son las malas nubes gruñonas. No tengas miedo, no las escuches, todo irá bien. Mantén la Esperanza.»



Lleno de valor, Antonio decía con amabilidad pero con firmeza a las feas nubes: «¡En el nombre de Jesús, marchaos! Quiero quedarme con mi Amigo Jesús.»

Y las pequeñas nubes grises y gruñonas, derrotadas, se iban, ligeras como burbujas que se elevan y desaparecen en el cielo. Cuanto más oraba Antoine, más fuerte y sólida se volvía su muralla de luz. Al final, las nubes casi no se atrevían a venir, porque veían que la luz de Jesús era la más poderosa. Muy al contrario, le tenían miedo a Antonio.

Antonio había encontrado un refugio que siempre lo devolvía a la Paz: el de la oración que encendía la lámpara del discernimiento y alejaba toda duda y todo miedo.

Como un faro en la noche o en la tormenta, la lámpara del discernimiento encendida por Jesús lo guiaba, lo protegía y, sobre todo, le permitía SIEMPRE avanzar en la vida manteniendo la ESPERANZA.

Así vivió nuestro pequeño Antonio, que un día se convirtió en San Antonio el Grande.



*Página para colorear:
San Antonio El Grande*

